

## UNA NOVELA DESCONOCIDA DE BLAS ZAMBRANO: *COLUMNAS ROTAS*<sup>1</sup>

José Luis Mora  
Universidad Autónoma de Madrid

*Actas del III Congreso Internacional sobre la Vida y Obra de María Zambrano* Fundación María Zambrano, 2004, pp. 276-84

Después de haber leído toda la producción escrita de Blas Zambrano que ha pasado por mis manos, me quedan algunas dudas acerca de la reacción que la figura paterna suscitó en su hija María. Cuando Orestes Macrí le pidió que escribiera algo sobre su padre cuyo magisterio moral e intelectual siempre había admirado, tengo la impresión que algo, no del todo controlable, se le removió en su interior.

Sobre este asunto conocíamos, anticipadamente, el texto definitivo, tal como lo habían reproducido *El Adelantado de Segovia* (26.septiembre.1986) en un gran acierto de “Orejanilla” quien habría inducido a la propia filósofa a publicarlo precisamente en el periódico segoviano; y la revista *Anthropos* que había hecho lo propio al año siguiente. Desconocíamos, en cambio, los diversos borradores que la escritora preparó al efecto en los que podemos apreciar esas dudas y hasta algún temblor al escribir sobre su padre, tratando de ser justa y, por tanto, no excesiva en el elogio; diciendo la verdad sobre su peripecia vital: creencias, heterodoxias, perplejidades o convicciones que se hallaban ya a la propia espalda de la hija que hace memoria. Pero creemos entender que no renuncia a ciertas críticas veladas respecto de las insuficiencias o contradicciones en la vida de su progenitor. Al escribir años después, ella jugaba con la ventaja de conocer los resultados de algunos de esos desajustes que su padre y la generación de él pero, no menos ella misma también, habían representado y representaban. Y ella quería ser justa y respetuosa con la figura de su padre a quien admiraba pero deseaba ser fiel, también, a la historia.

Así que la construcción de la semblanza, es decir, de su memoria fue, con seguridad, dolorosa y hasta la pluma (o la máquina de escribir) nos ha dejado ver el temblor en el pulso a la hora de hablar sobre las conexiones protestantes, harto puritanas al parecer, de su abuelo Diego Zambrano, de las posteriores dificultades económicas de la familia, los problemas para hallar una ciudad que se ajustara a su precoz heterodoxia, la distancia cada vez mayor entre los ideales forjados de tradiciones no fácilmente compatibles y una realidad que se iba haciendo más hostil poco a poco, la plenitud soñada que se proyectaba lejos... en fin, ¡cómo hablar de contradicciones no resueltas desde el cariño filial! Páginas comenzadas y no acabadas, algunas claves incompletas y

---

<sup>1</sup> Mi principal contribución al Congreso fue presentar la edición de la obra de Blas J. Zambrano: *Artículos, Relatos y Otros escritos*. Introducción, Edición y Notas de José Luis Mora. Diputación de Badajoz, 1998. Con la ayuda de bastantes personas y de la propia Fundación María Zambrano he conseguido reunir la mayor parte de su obra que se contiene en este volumen. Algunos otros textos, como el que comentamos en esta breve colaboración para las Actas, no pudieron ser incluidos por hallarse muy fragmentados. En esta misma situación se hallan diversos apuntes de conferencias, generalmente sobre la enseñanza y dos manuales: uno sobre Historia de España y otros sobre la Psicología Contemporánea. El Manual de Gramática necesitaría, con seguridad, una reedición propia. Su *Historia del pueblo griego*, de gran interés didáctico pero no menos para conocer los intereses de Blas Zambrano, quizá ofrece menos novedad para su publicación. Todos ellos merecen ser estudiados.

cierta distancia al hablar de la actividad de su padre nos han dejado información de interés, algunas insuficiencias también y ciertas dudas sobre la personalidad de D. Blas.

Las insuficiencias en la información quedan enseguida de manifiesto: “difícil dar noticia -nos dice- de un ser humano que apenas ha dejado una obra” o, “le atraía el escribir; dejó una novela y otros inéditos”. Ambas son afirmaciones de la propia María Zambrano que parecen ahormarse en el siguiente juicio que hace a continuación: “mas algo muy poderoso de su ser le llevaba a amar el anonimato. No fiaba, y aun se burlaba, de su propio nombre como autor de libros”. Esto parece haber producido una cierta parálisis o un respeto al misterio del que no pudo escapar, en su hija, esta duda entre el respeto a la valía de su padre, el juicio sobre la supuesta pereza para escribir y, quizá no menos, el pudor por descubrir algunas claves de la personalidad paterna. La propia hija pareció ampararse en la “pereza” antes que haber publicado algunos textos que nos muestran, casi con seguridad, claves biográficas de mucho interés sobre la personalidad de D. Blas de quien sólo disponíamos de las confesiones hechas con fidelidad y cariño por el excelente Pablo de Andrés Cobos. Para María Zambrano quizá era una catarsis excesiva a pesar de que por algunos testimonios de su proximidad sabemos que le hubiera gustado ver la obra de su padre publicada.

Quizá debía pasar un poco más de tiempo, tiempo histórico y tiempo interior, para que las condiciones fueran favorables para poder leer esta novela, novela corta, que nos dejó escrita D. Blas y a la que seguramente se refería María Zambrano en el escrito que venimos citando<sup>2</sup>.

No es fácil encontrar detalles que nos ofrezcan claves para la comprensión de una producción intelectual cuando el autor es un maestro de escuela que, además, quiso permanecer en el anonimato como nos decía su hija. La verdad es que esto último no es del todo cierto si nos remitimos a un entorno de amigos, contertulios y discípulos para los que no pasaba desapercibido. Ya he citado a Pablo de Andrés Cobos quien en sus páginas sobre *Machado en Segovia*<sup>3</sup> se refiere a sus intereses intelectuales sobre Benot y sobre Croce y a algunos datos de su carácter no ajenos a su propia forma de entender la vida: irascible ante los intentos de soborno y aficionado a los juegos de amor que llevaba a Machado a decirle: “-Mala noticia, don Blas; ha surgido un don Juan en Cuenca. Le queda a usted una provincia menos”. Y el juicio concluyente sobre ambos: “Su gran talla está en la persona cabal que era cada uno.”

El propio Machado también le dedicó unas páginas en su *Mairena póstumo* para hablar de él como “alma benevolente” pero “de ningún modo indulgente con el ruin o encanallado” pero, sobre todo, para recordarle. “Diga a su padre, mi querido Don Blas, que lo recuerdo mucho, y siempre para desearle toda suerte de bienandanzas y felicidades. Dígale que, hace unas noches, soñé que nos encontrábamos otra vez en Segovia, libre de fascistas y reaccionarios, como en los buenos tiempos en que él y yo, con otros amigos, trabajábamos para la futura República. Estábamos al pie del acueducto y su papá señalando a los arcos de piedra, me dijo estas palabras: “Vea V., amigo Machado, cómo conviene amar las cosas grandes y bellas, porque ese acueducto

---

<sup>2</sup> Hablando con Juan Fernando Ortega de este dato me puso amablemente en la pista de una posible novela de D. Blas que se hallaría en el Archivo de Unamuno. Como tantos otros hacían, D. Blas habría enviado a su admirado D. Miguel la novela para ser supervisada. Efectivamente, allí se encuentra una novela titulada *Betsy* sin firma alguna ni seudónimo pero tras algunas comprobaciones, y a falta de un estudio definitivo, nos inclinamos por pensar que no pertenece a D. Blas.

D. Blas había escrito dos novelas cortas en su etapa granadina que el lector puede encontrar en el volumen de sus obras. No parece, sin embargo, que su hija se refiriera a ellas sino a este otro texto de la última etapa de su vida y cuyo título, *Columnas rotas*, vendría a definir, de forma pesimista, una vida.

<sup>3</sup> Madrid, Insula, 1973.

es el único amigo que hoy nos queda en Segovia”. “En efecto –le contesté- palabras son esas dignas de un arquitecto”<sup>4</sup>.

Efectivamente, esta identificación con la arquitectura como expresión de la objetividad firme, pétreo, base de la ciudad que hubiera querido edificar y que le mereció la leyenda de “El arquitecto del acueducto”, superación de lo precedido en el busto que le esculpiera Emiliano Barral, parece haber sido la mejor descripción de su personalidad o de lo que realmente anheló y no pudo alcanzar, es decir, de su personalidad ideal. Nos hallaríamos, pues, ante un hombre profundamente escindido entre los ideales a los que aspiraba, esa moral agustiniana de raíz platónica según la herencia de nuestro siglo XVI inducida por su padre, y la España restauracionista caciquil e injusta para la clase obrera; después la fractura europea de la guerra de 1914<sup>5</sup>, los años de Primo de Rivera y las tempranas dificultades de la República tan deseada. Todo ello con continuas dificultades económicas y tensiones sociales.

Sobre idealismo y realidad había escrito ya en su etapa joven de Granada cuando aún tenía casi toda la vida por delante para conseguir reconstruir una unidad que se le había roto bien cerca, con la enfermedad de su padre<sup>6</sup> a quien le habrían quebrado los ideales pronto y de manera traumática. Enseguida, pues, en la vida de D. Blas el deseo tomó mucha ventaja a la realidad, quizá demasiada, para ser alcanzable. En 1914, en un texto titulado *Réplica a Norberto*<sup>7</sup> recuerda estas palabras propias como explicación a su pesimismo: “Es triste haber sido amator de lo absoluto, místico de la verdad... haber sentido, exaltado y conocido entusiasmo al estudiar las fórmulas científicas y al creer que descifraba palabras que aspiran a decirlo todo... y haber sentido luego los estremecimientos dolorosos del que arrancan una a una las plumas de sus alas que iban cayendo en la sima sin fondo de la duda, símbolos consoladores... Es haber entonado en nuestra alma un “magnificat” al progreso del hombre y saber luego que hay unas cosas horribles –degeneración, herencia mórbida, criminalismo nato...”

Este texto, escrito a los cuarenta años de su vida, firmado en pleno otoño segoviano con la crisis europea como fondo, marca en él una sensación de pesimismo que ya no le desaparecerá nunca. Digámoslo con el filósofo con quien termina este texto Blas: “En general, una de las más grandes locuras es tomar vastas disposiciones para la vida.”

Aun así sabemos que no abandonó su actividad política ni su presencia cultural en la vida segoviana pues, en los años siguientes, fue presidente de la agrupación socialista, mantuvo una posición relevante en las actividades del magisterio, estuvo presente en la fundación de la revista *Castilla*, escribió en *La Tierra de Segovia* y luego en el semanario *Segovia*, dio cursos en la Universidad Popular... pero la sima estaba construida y sólo faltaba la visión machadiana que venía a dar potencia a la iniciada por Julián María Otero, sumar un pesimismo a otro para darle expresión. A falta de un título mejor puse el de “Meditaciones” a una serie de textos breves que debieron ser escritos a

---

<sup>4</sup> Carta de Machado a María Zambrano que fue rescatada por Juan Fernando Ortega en *La metafísica recuperada*, 1982.

<sup>5</sup> Fue uno de los pocos intelectuales de izquierda que escribió a favor de Alemania tras la guerra mundial. “Un momento de angustia en la historia de la humanidad. La paz del odio”. Segovia, 1919, p. 235. Consideraba que este país era la garantía de continuidad de la cultura clásica a la que asignaba el papel clave en la construcción europea.

<sup>6</sup> Aun nos queda por investigar con más detalle esta etapa de su vida, sus raíces extremeñas y los datos referentes a su padre. Una breve noticia ha publicado Andrés Oyola, *Noticias de un maestro rural o el comienzo de una saga: Diego Zambrano y Bravo*, Cátedra Nova, 1997, pp. 163-67.

<sup>7</sup> Texto manuscrito inédito de 15 páginas. (Fundación María Zambrano). Norberto Cerezo era un maestro de Segovia, de los más allegados a Blas Zambrano.

comienzos de los años veinte y que afortunadamente se han conservado gracias a la edición de *Nuevos Horizontes*.

Cuando más rota se halla la unidad, más fuerte se aprecia en el deseo y en la voluntad. La razón poética -realidad conjuntiva la denomina en uno de los diálogos<sup>8</sup>- sólo se podía gestar como fruto de una experiencia tan radical, compartida grupalmente, elaborada verbalmente. Por eso la primera intención fue remitirla a la ensoñación o a la otra vida, es decir, adentro, a la meditación, como rezan los títulos de algunos de estos textos. Sin embargo, les quedaron fuerzas para concebir que la República deseada debía ser expresión política de la unidad reconstruida y que era necesario darle el armazón “teórico”, una filosofía que superara las viejas escisiones y las escuelas que contribuyeran a su difusión.

Sabemos, con seguridad, que en la tertulia –que nunca lo fue de Casino como nos indica Pablo de Andrés- dedicaron largas horas a esto y aunque se trate de una construcción oral y, por consiguiente, débil para su transmisión, contamos con estos manuscritos que D. Blas se esforzó por poner en pie hacia 1930 y que reconstruyen parte de aquellos diálogos segovianos que trataban, ni más ni menos, que de levantar un edificio sólido sobre el que asentar Europa. No es, pues, retórica la expresión de María Zambrano cuando, refiriéndose a su padre y compañeros, hablaba del sentido unitario de “Segovia, Castilla, España, Europa en su mente y actuación”.

Al menos, varios de los personajes que conforman los diálogos responden a personas reales (Julián María Otero, el teniente Medina...) si no lo son todos, incluso con sus nombres propios. En todo caso me atrevo a sostener que Álvaro Venegas actúa como el *alter ego* del propio Blas Zambrano y él personaliza sus posiciones filosóficas más queridas. Precisamente este mismo personaje es el protagonista de la novela corta a la que deseamos, finalmente, referirnos y ahí se contienen muchos elementos no sólo de su pensamiento sino de su propia vida.

Si bien los Diálogos exigen un estudio completo y más pormenorizado, con objeto de completar aquello que es necesario para entender cómo su voluntad estuvo puesta en la construcción de la unidad que consideraba imprescindible, traemos aquí estos tres textos, puestos, precisamente, en boca del propio Álvaro Venegas que nos ayudan a conocer al personaje:

“¿Será real lo ideal? Sin que lo que vamos a decir se pueda sustentar como una razón científica, sí lo es, y formidable, en el orden moral. ¿No sería un absurdo inexplicable y una fuerza que contradiría la ley fundamental armónica, de universal vigencia, que el hombre sienta anhelos de perfección, que crea en la sustantividad del bien, en la verificación de la verdad lógica en la realidad de la belleza y que no exista sino el mundo mecánico? ¿que los conceptos de libertad, justicia, magnanimidad... sean lamentables equivocaciones, sin otra correspondencia que unas sombras proyectadas por la nada y las acciones que el amor a esos conceptos engendra, ridículas actitudes de la imbecilidad crédula y confiada?”<sup>9</sup>

“¿Y qué es la poesía, sino la intuición espiritual, henchida de emoción? Filosofía irracional, pudiera llamarse la poesía. Pero hay que tener en cuenta que lo irracional puede ser suprarracional. ¿Y no es verdad, aunque sea poesía –o porque es poesía- que la cultura en cuanto a su intención laborante, es la religión de la humanidad consigo misma y para sí misma?”<sup>10</sup>

---

<sup>8</sup> P. 372.

<sup>9</sup> P. 412.

<sup>10</sup> P. 414.

“La filosofía camina, rápidamente, hacia la unidad. Se está formando un sincretismo filosófico. Hoy no puede hablarse de filosofía, actual, alemana ni inglesa. Y como las ideas que más unen a los hombres son siempre las más elevadas; las que favorecen nuestra ansia innata de certeza en el conocimiento, perdurabilidad de las personas individuales y perennidad de algo supremo, y como a tales afirmaciones parece que va la *Filosofía*, esta tiene ante sí un porvenir magnífico, espléndido, de eficacia inmensa. Figúrese Ud. los resultados que esa unidad filosófica puede importar”<sup>11</sup>.

Estos objetivos se lograrían superando el idealismo subjetivo no menos que el positivismo. Mientras que éste impediría acceder a esos ideales que contendrían la realidad en su máximo grado, aquel sería el “padre caudaloso del pobre positivismo”. La filosofía habrá de conectar con la admiración que es “un sentimiento unitivo, comunión de nuestra intimidad con la intimidad de lo admirado” y salir del dualismo y las contradicciones estériles: razón y sentimiento juntos, razón poética aunque así no se denominara técnicamente aún.

Cuando María Zambrano en el comentario al libro *La Guerra* habla ya expresamente de que “poesía y razón se completan y requieren una a otra” y de que aquella “es el pensamiento supremo por captar la realidad íntima de cada cosa” para terminar con la expresión “razón poética de honda raíz de amor” recogía y daba forma a un ideal de unidad largamente pensado. No es casual que este comentario concluya con una sentida referencia al escultor Barral, muerto al comienzo de la guerra, que había compartido con ellos (Machado, Otero, Blas y seguramente la propia María) desde Segovia este mismo ideal.

Con estos conocimientos previos podemos entrar en la consideración de este texto titulado *Columnas rotas* que Blas debió escribir después de los diálogos, es decir, bien entrados los años treinta, con la República en marcha, los recuerdos vivos y, sin embargo, algunos de esos fines básicos oscurecidos. ¿Hasta qué punto vio anticipadamente que no era posible construir la unidad o que, al menos, no era posible construirla como ellos lo estaban haciendo? Que lo pensó y que percibió su vida como un “fracaso” en este sentido, parece decirlo el título mismo de un relato que nos sugiere una arquitectura desmoronada, lejos de sus afanes por identificar el pensamiento con el acueducto pétreo, sólido y armónico entre la idea de quien lo concibió y quienes lo construyeron.

Cuando María Zambrano, ya en México, escriba *Filosofía y poesía en la vida española*, o *Filosofía y Poesía*, intentos de construcción de una filosofía de nuestra historia, incorporará nuevos elementos a la reflexión para hacer viable esa unidad que Unamuno, Ortega y los hombres de la generación de su padre habían intuido pero no estuvieron en condiciones de realizar. Toda su filosofía, desde entonces, sería el fruto de aquella experiencia juvenil, de su fracaso y del rescoldo por rescatar lo más valioso y levantarlo sobre bases nuevas. ¿Habrían nacido de esta doble experiencia las dudas al intentar escribir sobre su padre? Podría ser.

Quizás es el propio D. Blas quien nos ofrece las claves de por qué se quedó lejos de sus deseos, o sea, por qué estuvo más cerca del fracaso. Es decir, por qué se rompieron las columnas<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> P. 451.

<sup>12</sup> Existen dos textos mecanografiados con algunas páginas manuscritas). El que considero escrito con anterioridad va de la página 7 a la 47 pero con superposición de dos paginaciones y probablemente la

La novela, aunque dividida en veinte capítulos, se compone de una introducción donde nos presenta a don Álvaro Venegas y Mendoza, la parte central donde, con trazos naturalistas, describe una peripecia amorosa con sus primas Antonia y Amalia que se torna imposible, y un rápido desenlace donde expone las razones del fracaso de su vida sentimental y profesional, de la ruptura de las columnas, en definitiva.

¿Quién es este Álvaro Venegas-Blas Zambrano? Pues fue “un niño melancólico, reflexivo y contemplativo, amante de la lectura y de rara y honda sensibilidad ante el paisaje”. En aquel marco de “encinas milenarias”, donde nació, predominaba un “catolicismo muy cristiano” centrado en el ejercicio de la caridad y “donde ocupaban un lugar muy secundario ciertas devociones y prácticas corrientes”. “Núcleo de este mundo de melancólica poesía fue la idea religiosa: El ejemplo de la profunda piedad y la acendrada fe de sus padres; la lectura de libros como *Fabiola* y *El genio del cristianismo*; la audición de numerosos sermones, fervorosamente escuchados, aunque no fueran del todo comprendidos, y la solemnidad y magnificencia del culto en aquella iglesia de su pueblo, grande y oscura, henchida de las sonoridades del órgano que parecían reflejarse en el corazón, oprimiéndolo con la pesadumbre del pecado y el miedo a su castigo y dilatándolo con la esperanza del perdón y de la gloria, constituyeron en el alma soñadora y precozmente pensativa de Álvaro Venegas una serie de estímulos convergentes, cuyo resultado fue la resolución, que él creyó irrevocable, de hacerse sacerdote y misionero, para llegar a ser mártir, después de haber sido santo y sabio. ¡Nada menos!”

Sus copiosas lecturas le inclinaban hacia una solitaria contemplación de la naturaleza hasta sentirse compenetrado con ella y mirando a las estrellas pensaba que “todo puede soñarse y ansiaba penetrar en su existencia”. “Y creía adivinar un alma oscura, poderosa e inexorable, cuyo centro es el centro del planeta; alma que infunde la vida en los seres de la tierra” y se expresa en la naturaleza y en las palabras pronunciadas desde el ágora ateniense y el foro romano hasta “resonar eternamente en la conciencia humana, dictadas por un genio “el más sabio de los hombres” –pues que sabía que lo ignoraba todo- o expresadas por el Maestro de la ciencia del amor en las desoladas colinas de Judea...”

Cuando años más tarde –nos dice de su protagonista- recordaba estos “altos” pensamientos que sólo se habrían podido cumplir en “altos” destinos, se dio cuenta de que le conducían a una torre de marfil, esto es, que le abocaban “a ser un don Nadie durante toda su vida, como le ha ocurrido en ese desdichado país a tantos jóvenes dotados de gran inteligencia y ayunos de hondo saber.”

Sin duda que cuando habla del padre de Venegas (fallecido en la novela cuando éste tenía 22 años) lo está haciendo del suyo propio quien murió cuando Blas tenía unos veinticinco: “No había sido aquel hombre, aquel caballero sin tacha, sino mediano administrador de sus no cuantiosos bienes. Le estorbaron para tal objeto dictados de su conciencia, escrupulosa hasta lo pueril, y excesivas blanduras de su corazón, combinadas con su paradisiaca candidez, cualidades que no lograban ocultar la faz adusta y el carácter irascible.” Datos sobre cómo “voló” la hacienda familiar y sobre la necesidad de salir de su ciudad natal “harto pequeña” que tuvo su protagonista, se parecen bastante a lo que a él mismo le sucedió.

No fue D. Blas licenciado en Filosofía y Letras y Derecho como Álvaro Venegas –aunque sí le hubiera gustado serlo- pero padeció el desengaño de comprobar la distancia entre la realidad y la idealidad, comprobó las consecuencias de sus ideas políticas “ostentadas sin reparo alguno” y probablemente se refiere a Granada cuando

---

falta de alguna otra. El segundo va de la página 1 a la 57 excepto las páginas 4-14 y la 19. Quizá podrían reconstruirse un único texto a partir de los dos borradores pero no sin riesgos.

dice que “en el distrito dominaba un caciquismo imponente y aplastante” contra el que chocaba su republicanismo, incomprensible para las “señoras piadosas y la corte de viejos jubilados”. Por supuesto no duda en llamar *Arqueópolis* a esta vieja ciudad de sus principios contra la que chocó encontrando sólo refugio en sus pocos amigos y discípulos.

El epígrafe “Retirarse a pelear” inicia la parte central de su relato en que nos cuenta su aventura amorosa entre Antonia y Amalia, estas primas lejanas con las que Álvaro intimó “buscando consuelo, tonicidad de espíritu y distracción agradable”. Se trata de una versión poco imaginativa de la tentación entre la “mujer frívola, impulsiva, muy fogosa y que no sentía el pudor sino como imposición ajena” y la otra en quien había observado “nobles condiciones de carácter, dulzura en su mirada y graciosa candidez en su sonrisa, reflexiva, prudente y de gran amor propio, capaz de afectos hondos, magnánima en perdonar y apta para ser fiel”. Enfrente él –Álvaro/Blas-, “emocional, impetuoso y vehemente sobre todo en *la gran cuestión* que absorbía gran parte de su juventud, no sólo por estímulos sensuales, también por el prestigio que en él ejercía la belleza, soberana señora, con la que identificaba, a estilo griego, la bondad. ¿Y no es la belleza el incentivo más poderoso del instinto y el sentimiento y la pasión del amor?”

Claro que nos viene a la memoria el retrato de Pablo de Andrés cuando nos recuerda aquello de “los juegos de amor a que Don Blas era aficionado” que parece redimirse ahora “literariamente” con el guiño de que Don Álvaro “fue un *amoroso*, no a la manera del señorito corrompido, vulgar tenorio, infatuado de poseer, por engaño, o por su bella facha, corazones que despreciar”<sup>13</sup>.

Apreciamos aquí una difícil relación con el mundo femenino o, más bien, un, en efecto, don Juan platónico que tenía dificultades para ser un “estoico que se hubiese hecho cristiano, fanático de la justicia”, tolerante, generoso en el plano intelectual... y amar con la ternura que nace del sentimiento y la pasión hasta contradecir el puro conocimiento. “¿Este hombre, un don Juan? Yo siento, lector, chocar tal vez con tus prejuicios. Pero soy más amigo de la verdad que de todos los Platones existentes y por existir. Álvaro Venegas y Mendoza era –te lo juro- como he dicho. ¡Qué le vamos a hacer! Dados esos caracteres de su alma ¿cómo iba a suscribir que el amor fuera del matrimonio es pecado? ¡Pecado esa gloria!” Y en verdad el problema era que se sentía atraído por Antonia y deseaba casarse con Amalia, idea algo diferente de su concepción intelectual del amor.

Y, además, no contaba Venegas con que los intereses “casamenteros” de doña Rosa chocasen con sus deseos “legales” por Amalia siendo Antonia la elegida por su madre para casarle con él. El final no puede ser otro que la “Odisea... sin haber tomado Troya”, es decir, “el éxodo” de Arqueópolis a Medina. La propia Amalia terminó despreciándole cuando intuyó que había seducido también a su hermana y su pasión se desvaneció hasta “cobrarle mortal aborrecimiento”.

---

<sup>13</sup> A este tema está dedicada su novela de juventud *La voz de la sangre*, pp. 130-150. *El defensor granadino* en la crónica sobre “La Obra” (2.5.1900) se refiere a la intervención tenida por Blas Zmbrano con motivo del día del trabajo: “...y sobre todo de lo que debe ser este día para la mujer, más explotada, más emancipada y más dolida de todos los males y defectos de esta sociedad abyecta que los mismos hombres. Describe por mano maestra el papel de la mujer como hija, como esposa y sobre todo como madre; se ocupa de su papel educativo y señala que instruyéndola y emancipándola, serán la generación del porvenir, fuerte, instruida y libre. También, dijo, instruyéndonos se libraré de la prostitución, que es inquisición para ella hoy, peor que la de ayer, y compartiré feliz con el hombre la vida, sin temor a las asechanzas del capital que con el oro destruye su honor”. p. 2

El camino facilitaba su mirada de náufrago mirando en torno y hallando el vacío entre el don Juan platónico y el simple don Juan: “Si se es tenorio ¡horror! Si no se es... se es necio”.

“Su vida bifurcada entre el mundo del puro pensamiento y el mundillo de las actividades prácticas -se dirá un poco más adelante-. ¡Qué dualismo tan irreductible entre aquella oficina, en la que trabajaba ocho o nueve horas diarias y su culto fervoroso a las ideas! ¡Qué contraste entre sus ensueños luminosos y la mísera realidad de su existencia!” Su reflexión le lleva a reconocer que “carece de auxilios técnicos elementales para la ciencia y la vida” y que “no servía, en fin, para otra cosa que para la lectura, la meditación y la enseñanza”<sup>14</sup>. Parece encontrarse aquí la razón del título que se referiría al ideal y a la realidad como columnas sobre la que se asienta la vida y la imposibilidad de mantener ambas en pie al mismo tiempo.

¿Pudo ser esto un drama no resuelto en su propia vida personal? Es posible. Si embargo nos interesa más la reflexión desde la perspectiva de este grupo de intelectuales, profesores y maestros que ejercían cada día la enseñanza, nacidos con la Restauración alfonsina y muertos durante la guerra civil, que vivieron dolorosamente, y a veces en la confusión, la crisis de los deseos históricos de identidad -la razón clásica, el Renacimiento, la razón moderna, etc.- y el afán por mantenerlos frente a la dispersión y la confusión del momento. Como señala en *La religión escolar*, “La vida – a la vida humana me refiero ahora- está plagada de antinomias.” *Columnas rotas* sería una parábola en clave autobiográfica de esta fractura.

Como decíamos anteriormente, quizá la generación de don Blas no estaba en disposición de ir más allá de la formulación acerca de cómo superar las antítesis. Mas no hay tragedia mayor que desear la unidad, haber sido formado para ella y haberla defendido ardorosamente como fin de la educación y percibir, sin embargo, no sólo su dificultad sino hasta su imposibilidad, conclusión a la que parece conducirnos el relato comentado.

En otro texto <sup>15</sup> no había dudado en refugiarse en las palabras de Cleanto: “El amor empieza con la madre y con el padre; de la familia pasa al burgo, a la ciudad, al pueblo y se extiende convertido en el santo amor al mundo. Desde entonces, el hombre, por razón de que es tal, deja de ser extraño para su semejante.” Y concluye elevando el tono y la radicalidad del mensaje para dejar visible su estado de ánimo: “Amad al mundo, y para amarlo, amad la ciencia, que es amar a Dios.”

---

<sup>14</sup> El texto que ha llegado hasta nosotros termina con estas líneas que describen su propia meditación, tras reconocerse que poesía buenos conocimientos de las disciplinas filosóficas y literarias y aun de las científicas: “Mas en el ejercicio de sus dos profesiones y en la vida práctica, en general tenía que suplir con el ingenio mil faltas de preparación.” Desconozco si el texto terminaba aquí o si pretendió continuarlo. En uno de los dos fragmentos se inicia un nuevo epígrafe con cuatro líneas tachadas que parece indicarnos que pudo haberlo continuado pero lo desconocemos. De ser así este “final” pudo haber quedado modificado.

<sup>15</sup> Una conferencia sin título y sin fecha a la falta alguna página. Pudiera ser hacia 1929 y probablemente anterior a *Columnas rotas*.